

BARRA AMERICANA

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ



BARRA AMERICANA

BARRA AMERICANA

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

EDITORIAL



DELIRIO

Colección de Narrativa Iría, 3

Primera edición en la Editorial Delirio: octubre de 2013

BARRA AMERICANA

Colección de Narrativa Iría, 3

© 2013, Javier García Rodríguez
© 2013, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.
www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en *Iberoprinter*, Salamanca, España.
Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-02-9
Depósito Legal: S. 483-2013

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

- 15 *Iowa: la vuelta de la esquina (Souvenirs con fecha de caducidad)*
- 31 *Sweet Home Chicago*
- 53 *Florida: la flor del manglar*
- 77 *Minneapolis: la ciudad del agua*
- 95 *Wisconsin: ponerle puertas al campus*
- 115 *Harvard, Hard Bar: Boston de muestra*
- 125 *El día que conocí a David Foster Wallace (Respuesta al «Acertijo Pop 9»)*
- 159 *No, cielo (Cuaderno de Iowa)*
- 173 *Acerca de cómo si la tecnología no llevara inscrita la obsolescencia en su médula, creeríamos que el amor es imperecedero, por no decir eterno*

A la memoria de mi madre. Ojalá en Connecticut esté la vida eterna.

Esas sombras en la cornisa; la habitación tiene pulmones, algo que late.

Julio Cortázar, RAYUELA

*Dime que conoces la noche americana,
la del flexo encendido quemándote la vista, esta versión muy
nuestra de la noche que muestran los filmes de Hollywood.
Dime que sabes poner luz en la noche, que conoces el secreto
para ahuyentar el miedo, los ataques nocturnos televisados,
con sus bombas, sus comentarios, sus palomitas.
Dime que has descubierto el secreto,
dime que vas a ser americano.*

Ignacio Escuín Borau, AMERICANA

Según él, yo tenía un problema retórico. Yo le dije que hacer hincapié excesivo en los hechos literales reducía el interés general del trabajo.

Saul Bellow, RAVELSTEIN

Las vivencias sobrepasan con mucho cualquier relato que pueda hacerse de ellas (y toda versión ulterior de esos relatos).

Martin Amis, EXPERIENCIA

¿No proyectamos todos? ¿No lo hacen los mismos escritores? Esconden sus verdades más profundas en el lugar más visible del texto, y luego las protegen diciendo que se trata de ficción.

Edmundo Paz Soldán, LA MATERIA DEL DESEO

Vine a América porque aquí es más fácil ganar dinero y vivir de tu ingenio.

Alan Ansen, CHARLAS CON W. H. AUDEN

IOWA: LA VUELTA DE LA ESQUINA
(SOUVENIRS CON FECHA DE CADUCIDAD)

—Añés, ¿de dónde eres, cariño? —preguntó una mujer de pantalones negros y pelo congelado, con piel como de papel y melanómica de tanto sol—. De origen —miró la vestimenta de Agnes como si fuera efectivamente lo que era: un par de cosas azules compradas en unos grandes almacenes de Cedar Rapids.

—¿De dónde soy? —contestó Agnes con suavidad—. De Iowa. —Tenía la costumbre de no hablar mucho.

—¿De dónde? —dijo la mujer con desprecio, perpleja.

—De Iowa —repitió Agnes más alto.

La mujer de negro rozó la muñeca de Agnes y se inclinó hacia ella en tono confidencial. Movi6 la boca con preocupación y de modo exagerado, como un ejercicio de gimnasia facial.

—No, querida. Aquí decimos Ohio.

Lorrie Moore, PÁJAROS DE AMÉRICA

En el estado de Iowa, donde la mayoría de la gente vivía de la agricultura y basaba sus principios en la moral protestante, ni siquiera el robo de un melón de veinticinco centavos se juzgaba con la indulgencia que suele adoptarse ante una travesura juvenil.

Tom Wolfe, EL PERIODISMO CANALLA Y OTROS ARTÍCULOS

Souvenirs con fecha de caducidad, arena en las manos, mapas falsos con los que escapar de lo que está escrito en leyendas y cuentos que nunca se nos nombran. Nombrar es existir; nombrar es convertirse en un pequeño dios omnipotente. La vida, los gestos cotidianos, el continuo acontecer de los días y de sus protagonistas no son más reales que el placer lento de los sueños y los deseos en esas noches de insomnio en las que todo lo que no ha ocurrido sucede irremediablemente y podemos verlo con los ojos abiertos de la madrugada. Es mejor escribir, dejar el testamento de lo que nunca ha sido nuestro. Así es la paradoja de lo escrito: ser los que nunca fuimos, anotar la experiencia desde la distancia más fecunda de la duda.

* * *

Es verdad que la exaltación del tópico distorsiona la imagen y que de tanto vivir ojeando postales al final olvidamos que hay algo más detrás de los colores y de la fotografía. Pero también así sabemos que existe lo nombrado, que más allá de un golpe breve de memoria, lo real se presenta, superada la dictadura de lo prescindible.

* * *

Para el español, ya sea televisivo, culto, melómano, libroadicto, pelicularo, jugador de fortuna, deportista o científico, cada estado americano queda representado, como en una postal de colores chillones, en imágenes precisas e imborrables. Nombres conocidos, lugares exóticos, personajes y a veces ficciones más o menos interesadas se integran en el paisaje de la memoria o del deseo incumplido. Pero no nos engañemos: nadie viajaría a Iowa sólo por placer. Ninguna agencia de viajes organizaría unas vacaciones al que es, probablemente, el estado más desconocido de la Unión. Casi sin ningún problema cualquier ciudadano de un país donde haya cines, publicaciones periódicas y televisión –también ayudaría un libro de historia sencillo o un suplemento dominical– podría asociar sin muchas dudas nombres de estados americanos con alguna imagen que lo represente como un icono fuera de los Estados Unidos y que –dependiendo de gustos propios, de deseos sin hipocresía y, sobre todo, de pasiones íntimas– le servirían como excusa para un vuelo transoceánico. Quiero decir que todos los estados ofrecen una imagen de marca registrada, un código de barras turístico, un mapa genético que, al menos en el exterior, lo representa y lo define. Arkansas –estado esdrújulo– exporta un presidente clónico elegido sin pasión y sostenido por la inercia. Arizona es el desierto y en medio de su nada aparece, como en el mejor de los sueños de Julio Verne, el Gran Cañón del río Colorado, las simas de la duda de nuestro origen más certero. En la esquina de Washington, Seattle pretende convertirse, desde la periferia, en la vanguardia musical de los noventa con el movimiento *grunge*, unos chicos malos de familia bien con anchos pantalones y camisetas psicodélicas que

han olvidado que Woodstock es solo una leyenda y que aquellos otros chicos que hace treinta años se enfangaban desnudos son hoy colegas de Juan en IBM, y que a casi nadie le gustan los ejecutivos. California es una cuesta empinada y eterna de San Francisco, ciudad nacida para rodar en ella los exteriores de películas de bajo presupuesto, una misma calle desde donde llegar —la realidad es terca y la historia siempre miente— a las últimas piedras de las barricadas de Berkeley o a las cristalinas aguas que curten los cuerpos de los vigilantes de la playa. Nueva York ofrece siempre dos por uno, es el *give me two* de las modernas caravanas comerciales que, en jumbos compulsivos, atraviesan el mar en navidad para saborear un bocado de fin de semana de la Gran Manzana, no muy lejos de una librería que habría sido el sueño de Borges, el cleptómano, y de un museo donde se expone hoy a los clásicos del futuro. Florida tiene el olor de un habano recién encendido, hasta el humo parece hablar español y la atención y el espíritu deben estar prestos para evitar que antes de que termine la primera canción de Gloria Estefanía te hayan colocado unas orejotas de Mickey Mouse y estés paseando por el *Magic Kingdom* recibiendo abrazos de un Pato Donald de dos metros y un beso mil veces repetido de una Blancanieves pálida, rubia, pecosa y con cierta tendencia a la obesidad escapada de Minnesota o de Wisconsin. En Nevada solo necesitas para casarte una licencia que cuesta veinte dólares y que se consigue en apenas cinco minutos, casi el mismo tiempo que tardas en perder tu exigua fortuna y la débil dignidad labrada durante años de colegio privado en un casino de luces estridentes y máquinas voraces sin más *glamour* ni más categoría que una suite nupcial con cama de agua y corazones de flores prendidos en las puertas de un burdel de incógnito camuflado de *Pink Palace*; en la recepción, además de un mostrador y un recepcionista

con huellas inequívocas de haber padecido la sífilis, hay una matrona rubia delante de una estantería repleta con las últimas novedades en productos y artefactos amatorios. Illinois es Chicago, Chicago es Alfonso Capone y la única ciudad del mundo donde San Valentín es el patrón de los *gangsters* y se recuerda una matanza con la misma pasión con que se celebra el Día de Acción de Gracias (a falta de un/a santo/a unificador/a de devociones patrióticas, los estadounidenses han fijado *Thanksgiving* como la fiesta mayor del imperio; si el crecimiento del número de hispanos continúa al ritmo actual, no tardará mucho en llegar el día en que ese día estará bajo la advocación de *San Givín*); pero Chicago también es Michael Jordan, un tipo de dos metros capaz de saltar el edificio de los almacenes Sears y de jugar al baloncesto con Bugs Bunny. New England es una marca registrada, es la esencia de Europa en envase pequeño, es la flor y la nata, el estilo y la clase. Lo hemos visto mil veces repetido: los hijos de papá, herederos de inmensas fortunas y florecientes corporaciones industriales, estudian Derecho en sus universidades de la Ivy League, trabajan como camareros para descubrir la dureza de la vida mientras reciben su cheque mensual, viven y se divierten en unos colegios mayores que llaman *fraternities*, donde no abunda la disciplina, y terminan la carrera para pasar al despacho de abogados de Simon, Terrell, Floyd y Asociados o para dirigir las empresas que la familia tiene repartidas por el mundo; con las hijas de papá ocurre lo mismo, con la única diferencia de que ellas estudian en Radcliffe o en Wellesley y sus residencias se llaman *sororities*; al final, cada oveja con su pareja —menos en un caso, en el que el chico renuncia a su herencia para casarse con una chica pobre e inteligente que muere muy joven; pero eso no es la vida, es *Love Story*, y esta es otra historia—.

* * *

Iowa, en cambio, llegó tarde a la sesión de fotografía. Ni personajes famosos, ni paisajes idílicos, ni deportes. ¿Quién ha oído hablar de Iowa? ¿Qué hay en Iowa? Su imagen se desfigura por la distancia y los grandes espacios amarillos no han servido nunca como vistosa panorámica para turistas accidentales. Si otros lugares parecen levantarse las faldas y abrirse de piernas al exterior, Iowa se abrocha hasta el último botón, recatada y humilde. De ella se dice que es el lugar donde nunca pasa nada excepto algún tornado de vez en cuando. La imagen que el cine nos propone no invita tampoco a la esperanza. Es el sitio elegido por Julia Roberts para esconderse de un marido brutal y asesino en *Durmiendo con su enemigo*; allí Clint Eastwood y Meryl Streep resucitaban amores clandestinos y otoñales en *Los puentes de Madison County*; y, por fin, los campos de maíz protagonizan una historia de deporte y de fantasmas: en *Campo de sueños*, un Kevin Costner bronceado de tractor y con visera de John Deere, insomne a causa de sus alucinaciones infantiles, destroza su finca para construir un campo de béisbol y así recuperarse de un trauma edípico de considerables dimensiones. De esta última película surgió un curioso eslogan que durante años han lucido, orgullosos, los iowanos —¿iowenses? ¿iowinos?— en pegatinas, carteles y demás soportes publicitarios: «Is this heaven? No, It's Iowa». Para el resto de sus compatriotas esta respuesta confirma el conocido carácter conformista y apacible del Medio Oeste americano y al mismo tiempo les permite acudir al chiste fácil afirmando que Iowa tal vez no sea el cielo pero bien podría ser el limbo o el purgatorio.

* * *

Visito una ciudad sin rascacielos extendida sobre una llanura donde las casas siempre están lejos y los hombres siempre están cerca. Venimos de Des Moines atraídos por el reclamo de la celebración anual de la feria del libro de segunda mano. Nada más lejos de las pulcras y asépticas casetas prefabricadas tan habituales en España o de los polvorientos y anárquicos puestos de la Cuesta de Moyano. En una inmensa nave con aspecto de hangar, a las afueras de la ciudad, dispuestos en largos tableros sujetos por caballetes, miles de libros esperan ordenados y pacientes. Después de ignorar baratas ediciones de clásicos ingleses, descubro en una mesa las *Poesías* de Catulo en una filológica y traicionera edición del CSIC de los años sesenta. Renunciar a Catulo es un poco como renunciar a la vida y más si es por apenas dos dólares, así que aquí me encuentro, de vuelta a Ames por la autopista, esperando el momento de regresar con Catulo a ese tiempo feliz en que la vida no era un valle de lágrimas sino el lugar donde la poesía no estaba en los libros. Llegados a Hickory Park, el restaurante que habíamos elegido para cenar aquella noche, apunté en una servilleta de papel estos versos:

*Descubrir la exacta fisonomía
del poema —que es siempre un cuerpo—.
Esto es todo por hoy, el resto
lo encontrarán ustedes en la bibliografía.*

Sé que la felicidad completa no es posible, pero aquel día, entre los libros, Catulo y el poemilla, a mí me pareció que había llegado muy cerca de alcanzarla. Supongo que también ayudó mucho la especialidad del restaurante: carne a la brasa y helado de vainilla con chocolate caliente.

* * *

El único lugar de Ames donde se puede disfrutar de una taza de café es el bar de Pedro. Me refiero a café de cafetera, no a ese café americano que te sirven gratuitamente en McDonald's para acompañar a tu almuerzo y cuya principal característica es que ni parece café, ni huele a café ni sabe a café. Pedro había abandonado Perú hacía veinte años por asuntos políticos —según le gustaba recordar— y había abierto su local en Welch Avenue, esquina con Lincoln Way, al lado de la tienda de música del filipino Eusebio Sabitag. Alrededor de su capuchino de dos dólares cincuenta se reunían habitualmente los cinco o seis jipis que aún quedaban en la ciudad, dos antiguos soldados de Vietnam reciclados al bando pacifista, algunos profesores y estudiantes de letras y los europeos que vivían en Ames, vinculados de una forma u otra a la Universidad. De alguna manera, por allí aparecían siempre en algún momento del día las fuerzas vivas de la progresía ciudadana para hacer política de café y para hacer como si conspiraran, después de lo cual sentían la conciencia lo suficientemente tranquila como para atacar sin escrúpulo alguno el *whopper* de una libra de Burger King o los grasientos muslitos de pollo de Kentucky Fried Chicken. Con el estómago lleno y el espíritu contento es menor el esfuerzo de cantar el himno («Oh, say, can you see...»), mano al corazón, en un partido de baloncesto

de los Cyclones de la ISU. Alrededor de Ames las ciudades se sumergen en medio de la pradera rodeadas de granjas de techo blanco pintadas de rojo. Desde la autopista puede descubrirse sin mucho esfuerzo un origen distinto, ecléctico y singular que supera el tópico de la América profunda. Además del innegable y rotundo origen WASP de Cedar Rapids, Council Bluffs o Cedar Falls permanecen –ajenos a la moda del multiculturalismo– nombres españoles como Nevada o Madrid, franceses como Dubuque, indios como el sonoro Sioux City y holandeses como Pella, donde anualmente se celebra una colorista Fiesta del Tulipán (y donde, al parecer, nació el pistolero arrepentido Wyatt Earp).

* * *

Dedicamos el sábado por la mañana a visitar algunos de los *garage sales* que nuestro casero, Deniss, nos ha recomendado mientras toma un café –colombiano– en casa después de retirar la nieve de delante de nuestra puerta. Por lo que podemos comprobar, es cierto que siempre hay alguien dispuesto a vender y que nunca falta quien quiera comprar. Estos rastriillos familiares me parecen una especie de psicoanálisis de lo material, un exorcismo de la memoria en el que en vez de recuerdos uno expone al público y vende los objetos que durante años fueron parte de su vida, sin más límites que los que recomiendan la buena educación y el mínimo pudor. Empujado tal vez por el deseo de poseer al mismo tiempo el objeto y los recuerdos del que lo poseyó, no resisto la tentación de quedarme con un deshilachado guante de béisbol y un viejo sombrero de vaquero con dos agujeros en la parte delantera. Según me explica la anciana que me lo

vende, perteneció a su tío Randy, quien, al parecer, tuvo la gran suerte de salir ileso de dos duelos en los tiempos gloriosos de la conquista. Desisto por prudencia de indagar sobre la veracidad de la historia del sombrero, como desisto, en otro garaje, de quedarme con una espléndida mesa de ping-pong abatible y en muy buen estado.

* * *

Los domingos por la mañana, después del ritual de comprar el *New York Times* en la máquina que hay en West Street frente a Dugan's Deli, Main Street se aparece como el lugar idóneo para que se cometa un asesinato. Son las diez, todos los comercios están cerrados y el mundo parece haberse trasladado a otra parte. Los bares, los restaurantes y las iglesias, únicos sitios donde podría haber alguien un domingo a esta hora, están en otras zonas de la ciudad, a las afueras, para facilitar el aparcamiento y evitar a los habitantes de las granjas y de los pueblecitos de los alrededores el tránsito por la ciudad. Pienso con cierto temor que si alguien disparara sobre mí en este mismo instante y quedara tendido sobre la acera delante de la barbería, nadie oiría el ruido, pasarían horas antes de que nadie pudiera encontrarme y el sheriff no sería capaz de descubrir ni una huella que pudiera aclarar el caso. Instintivamente miro a ambos lados de la calle pero lo único que veo con cierta semejanza a la vida es el escaparate de una tienda de ropa en el que los maniqués permanecen medio desnudos esperando que el dueño los cubra con las últimas novedades y mirando al público con el impudor de la desnudez y de sus posturas inverosímiles («Rígidamente los cuerpos, los maniqués [sic] bailan / con el rojo de sus labios y el brillar

de su cabello. / Miradas de cristal bajo el saxo envueltas / perfecciones en los rizos, sus gargantas secas», cantaban Golpes Bajos en «Fiesta de los maniqués», allá por los míticos ochenta). Después de sostener la mirada del maniquí apenas unos segundos, se me vienen a la memoria algunas de las imágenes más crueles de *La invasión de los ultracuerpos*; intento pensar en algo más agradable –un almuerzo de media mañana en Amy’s por ejemplo– y termino por convencerme a mí mismo de que si algún ser maligno y usurpador de cuerpos está ya en nuestro planeta, su primera opción no sería vivificar un torpe maniquí del Medio Oeste, sino robar el cuerpo y el espíritu de los críticos literarios del suplemento del *New York Times*, terreno ya abonado para maldades de toda condición.

* * *

La historia es, y todos los sabemos, la hija bastarda de la memoria, una niña revoltosa y displicente que no se atiene a normas ni recibe órdenes. La ficción al menos es verdad mientras existe, mientras sabemos que lo que estamos leyendo ocurre sin ninguna duda. Escucho un *blues* puro y terrible lleno de desamores, celos, olvidos y algunas otras desgracias menores que, a pesar de todo, a mí no me entristecen, aunque me pertenecen de alguna manera, sino que me invitan a vivir, a vivir como si fuera la última aventura acechar las aceras sin nombre de una calle donde íbamos de niños a espiar a las chicas que terminaban siempre del brazo de otro tipo. Vivir porque, a veces, en las tardes de lluvia, todo se vuelve turbio: los escaparates, los rostros de una infancia tan lejana y tan cruel como un día sin libros con que mirar la vida a través de otros ojos.